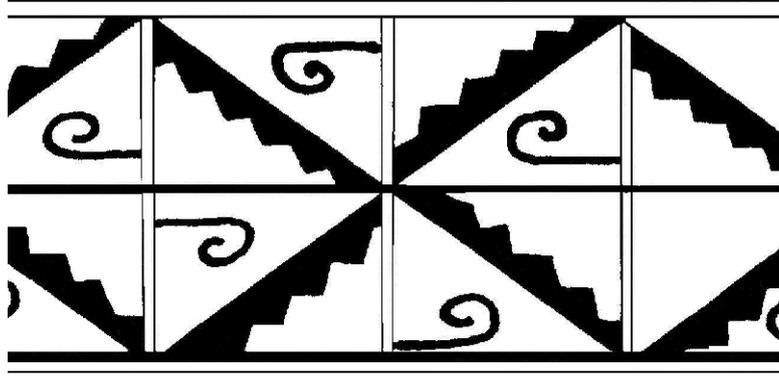


Algunos elementos sobre identidad cultural

Humberto Márquez

No sé por qué, cada vez que pienso en la identidad cultural, siento una inquietante nostalgia. Tal vez porque en ese pensamiento, los espectros y las realidades se me juntan, se me mezclan, y se vuelven como un río de muchos aluviones. Y se me tornan un movimiento obsesivo, doloroso y risueño, como los millones de pies descalzos de este continente parturiento, incansable, en su alumbramiento de formas. Pero los espectros también caminan, hablan, gesticulan y piensan. Arañan el silencio, y con su presencia hacen que la realidad tome forma de símbolo. Símbolo que es sonido y leyenda, color y forma; acto no desesperado, sino germinar constante; peso y medida; quiero decir vida, quiero decir historia; quiero decir tiempo; mito y respuesta, seguramente instante y signo.





Identidad y cultura son dos conceptos que señalan y confunden. Bueno, casi todos los conceptos señalan y confunden. A nosotros nos confunden y en ese acto de confusión, definen su poder señalador. Aparentemente, la identidad es un corral que estrecha el horizonte de nuestras posibilidades, pero ella permite que sigamos sintiendo la tierra fecundando nuestras raíces, y ese nutriente de tierra nos agranda; hasta cierto punto nos hace sentir omnipresentes, nos quita los límites.

El concepto de cultura, otra vez aparentemente, al principio nos hace solidarios con grandes porciones de tiempo y espacio; con una gran multitud de otros; pero visto de cerca, es realmente ella la que nos limita; es que necesitamos un clima y una atmósfera precisa, un terruño espiritual que nos sea familiar, para poder ser parte de una geografía totalizante. Es que necesitamos que la tierra, esa cosa que se puede parcelar, nos pertenezca. Pero necesitamos también que el aire, esa cosa maravillosa que si se fracciona ya no cumple su función vital, también sea nuestra. Es que necesitamos, culturalmente hablando, de una parcela propia, pero a condición de que por alguna parte nos siga sustentando el aire que consume todas las parcelas; a condición de que no nos ahogemos en el encierro.

Ciertamente, la identidad tiene mucho que ver con la parcela, con el paisaje de la comarca. Somos animales muy cuidadosos del instinto de territorialidad. Pero como protagonistas del espacio, somos al mismo tiempo transeúntes del tiempo. No sé si habrán notado que ese trasegar por el paisaje, ese cerrar y abrir las fronteras de la comarca en múltiples dimensiones, es lo que llamamos cultura. Porque en últimas, la cultura es el paisaje de las comarcas transformado por la inteligencia corporal del hombre, asociado y solitario

a veces, pero siempre diciendo con señales lo que siente, lo que recibe y lo que trae; y lo que trae es el paisaje, lo que come, lo que bebe, lo que ve, lo que ama, lo que imagina, lo que odia y lo que sueña; lo que le parece bien y mal; lo que le enseñaron y lo que no aprendió, lo que le es grato o desagradable; aquello que lo limita y que lo expande. Toda su complejidad vital, que es goce, utilidad y pensamiento, esto es apertura y encierro, deslumbramiento y alumbramiento a la vez; construcción, fundamento y destrucción.

Por eso, la estructura de la identidad cultural es compleja, pero al mismo tiempo palpitante de acechos, aunque no libre del todo de sospechas: ¿Con quién nos identificamos, con el aire o con la tierra? ¿Con la parcela o con la comarca? ¿Con los grandes signos de los tiempos o con la geografía de las horas? Pienso que lo uno sin lo otro no puede buscarse. Partamos pues de un intento por sentirnos americanos, a ver si por ahí cruzamos un buen número de comarcas conocidas y algunos momentos sin fechas. Si lo logramos, entonces podemos decir que tenemos una conciencia cultural.

A este respecto José Lezama Lima dice: “He aquí el germen del complejo terrible del Americano: creer que su expresión no es forma alcanzada, sino problematismo, cosa a resolver. Sudoroso e inhibido por tan presuntuosos complejos, busca en la autoctonía, el lujo que se le negaba, y acorralado entre esa pequeñez y el espejismo de las realizaciones europeas, revisa sus datos, pero ha olvidado lo esencial, que el plasma de su autoctonía, es tierra, igual que la de Europa. Y que las agujas para el rayo de nuestros palacios, se hacen de síntesis, como la de los artesanos occidentales, y que hincan como el fervor de aquellos hombres, las espaldas de un celeste animal, igualmente desconocido y extraño. Y lo único que crea cultura es el paisaje, y eso lo tenemos de nuestra monstruosidad, sin que nos recorra el cansancio de sus escrúpulos críticos. Paisaje de espacio abierto, donde no se alzarán, como en los bosques de la Auberria, la casa del ahorcado”¹.

Ya habrán notado que no puedo definir la identidad cultural y que en vista de esa imposibilidad, es mejor relegar

1. Sin referencia bibliográfica en el original.

el intento, y por eso prefiero describirla. Tal vez porque si la defino se me escapa. Yo pienso que Lezama Lima sugirió muy bien lo que es eso, pero se le escapó el problema, porque lo ubicó donde no era. ¿Es el Americano el que tiene el complejo terrible de frustración?... Yo pienso que no, yo pienso que es el intelectual americano. Fíjense que digo “Intelectual Americano” y fíjense, cuando digo intelectual, emito un concepto de clase, y cuando digo americano, emito un concepto de identidad. Y ese sí es el problema, porque Lezama Lima, identifica americano con intelectual americano. Y él, que fue en múltiples aspectos tan americano, cayó en la fatal red de colonialismo cultural, para definir lo americano. Verdaderamente, históricamente el paisaje del intelectual americano es la ciudad, que pobre y atrasada, es siempre la copia de la ciudad europea, pero a la que no podemos renunciar, porque en ella habita también el hombre americano, y porque como veremos al final de esta charla, en ella está el espíritu, el cuerpo y el acto creador del hombre americano. Pero el americano no es el intelectual americano. El americano es la vida sudorosa y creadora del pueblo americano. Es una suma de pasos olvidados, pero presentes. Son los caminos que el americano ha recorrido y en los que el intelectual americano, tal vez ha mirado muy poco.

Por eso, nos piensan como un pueblo sin raíces. Como intelectuales americanos de un paisaje europeo transferido, es razonable la definición de Lezama Lima. Pero no, no hemos nacido sin palabras. Es que la identidad cultural se fundamenta básicamente en la diferencia, por aquello de la comarca, pero también en la generalidad, por aquello del aire. Limitemos entonces la comarca. Lo americano a secas, tampoco nos sirve. Es nuestra comarca del sur, la que por de pronto se vuelve interesante. Intentemos por un momento no ser el intelectual americano, sino el americano del sur. Y veremos que entonces las cosas se transforman. No es posible creer que nuestros pueblos, como pueblos, como etnias, carezcan de raíces culturales, de identidad cultural. Si resultara que la falta de identidad es sentida por aquellos que la piensan, es decir por los intelectuales, el problema cambia de aspecto, es un problema de actitud, un problema de separación, una necesidad de quienes teorizan, vuelvan la mirada hacia el paisaje y hacia la comarca, con todos

sus espantos y lenguajes. Porque la identidad cultural no se establece por medio de un discurso conceptual; no se construye por norma y por precepto, no se incorpora por decreto. La identidad cultural, es una vivencia que se ve crecer, que se siente en los modos de ser de los distintos pueblos. La pregunta que se formula entonces: ¿Y qué es lo nuestro? Otra vez, ¿con qué nos identificamos?

Yo no creo en las Etnias puras. No hay culturas absolutas. Toda cultura señala de algún modo la presencia, o por lo menos el paso de otros que siguen pasando en su contexto como partes incorporadas de un todo. Si pensamos la cultura como una suma de momentos, y si el momento cultural de todos modos es una expresión creadora, entonces lo que nos aterra es nuestra juventud cultural; y lo que lamentamos es nuestra carencia de senectud; acostumbrados como estarnos a mirar con la nostalgia propia el acontecer creador ajeno. Ciertamente, de pronto notamos que buena parte de nuestro pasado está en el futuro. De pronto nuestra cultura es un proyecto, pero un proyecto que viene en marcha desde cuando estas tierras tuvieron habitantes. Una mirada a las grandes culturas de la humanidad, nos muestra que tuvieron, y se nota en sus aportes, momentos parecidos a nosotros, pero en nuestro presente, que constituye su pasado, como podemos admirarlas como culturas originales, sin que ello obste para que sean identificadas con ellas otras presencias. No podemos entender lo griego si no entendemos lo ático, lo dórico y lo jónico, e incluso lo misénico. En cambio no nos hacen mucha falta los elementos permánicos que subyacen en los momentos que originaron aquello.

Se nos piensa como un pueblo sin identidad cultural, porque se nos dice que ni siquiera tenemos un idioma propio. Pero si las culturas se forman como un proceso de adaptación, de asimilación. Si el idioma es el instrumento con que se designan los componentes del paisaje nativo en la interacción de sus distintos elementos. Si este paisaje aumenta el caudal idiomático. Si el trabajo, el gusto y la vitalidad de los hombres que lo usan son capaces de transformarlo hasta hacer con él un discurso que identifique su paisaje, el idioma ha tomado un cauce diferente. ¿No ha ocurrido eso con el español, americano? Y aunque el discurso literario

sea a veces portador de Ismos que hacen época entre los intelectuales, el idioma no deja nunca de llevar las señales del paisaje. En esto consiste su proceso de adaptación y su asimilación. Abran ustedes un diccionario de la lengua y verán que la mitad por lo menos, acusa entre paréntesis la referencia: americanismo. Y aún en la construcción de los recursos estilísticos, el paisaje deja su impronta, hasta el punto de que a pesar de estar convencido de su carencia de raíces, el escritor latinoamericano es bien distinto del escritor europeo, y aún del norteamericano. Volvamos a tomar el mismo ejemplo de la cultura griega: en su idioma, se identifican los distintos dialectos (recordemos que la Jonia estaba en Asia y el Atica en Europa) y no por eso deja de ser el idioma griego. El mismo español, es el resultado del Castellano, enriquecido con los múltiples dialectos de los demás reinos de la Península, y en sus orígenes más antiguos, el castellano es el resultado del griego, del latín, del celtíbero, del árabe, etc., y no por eso los españoles han dejado de encontrar en él sus raíces, a cambio eso sí, de que en el Quijote y en el Cid, se pueda ver nítidamente al paisaje y al hombre españoles.

Desde otro punto, en lo que a nosotros respecta, se nos acusa de bastardía cultural porque somos en el mejor sentido de la palabra, mestizos. Pues si mestizaje es mezcla, simbiosis del Europeo, el indio y el negro, todas las culturas de algún modo son mestizas, y ahí radica el secreto de nuestra importancia; ahí la clave de nuestra juventud y ahí las raíces de nuestra identidad, a cambio de que el idioma lleve y lo lleva, nuestro paisaje y nuestro modo de ser. Y es que el Castellano Americano, lleva los gérmenes de los idiomas nativos de la comarca, lleva las imágenes de nuestro paisaje, lleva el sudor, el amor, el frío, la laboriosidad, la felicidad y el dolor de nuestro pueblo, lleva al hombre americano. La selva, la montaña, la llanura, para no citar sino esos tres, son por sí solos un diccionario de español americano y ni qué decir de las demás relaciones de las etnias constitutivas del mestizaje, que fundieron tres paisajes en uno. Para esto vuelve a servirnos Lezama Lima, aunque siga pensando como veremos, que el americano, es el intelectual americano. En un artículo sobre el nacimiento de la expresión criolla

se aproxima: “Por lo mismo, como en las dificultades para la emisión que aparecen en el Popol Vuh, el americano no recibe una tradición verbal, sino la pone en activo, con desconfianza, con encantamiento, con atractiva puericia. Martí, Darío y Vallejo, lanzan su acto naciente verbal, rodeado de eficacia y de palabras muertas. El silencioso se puede volver cazurro; el reflexivo puede adormecerse en el fiel del balanceo. Pero el americano Martí, Darío o Vallejo, que fue reuniendo sus palabras, se le concentran en las exigencias del nuevo paisaje, trocándolas en corpúsculos coloreados. En todo americano hay siempre un gongorino manso, que estalla su verbo al paso del vino, confortable, no trágico como en el español, en el bautizo ingenuo o en el día en que naufraga deliciosamente en cobranzas aljofaradas”.

Y más adelante puntualiza: “Pero el americano encuentra en esos cronistas de Indias, sus primeros prosistas, los hombres que hablan porque el paisaje les dicta”. Es decir que hasta los mismos españoles (los cronistas lo eran), tuvieron que dejarse absorber por el paisaje, por nuestras raíces, para hablar su español en el nuevo mundo. Y hasta Lezama Lima, para quien el americano era el intelectual americano, entendió nuestro paisaje como fuente raizal, y de paso, notó que el idioma español, estaba americanizado por el paisaje, y que ese por adaptación, es nuestro idioma, el que porta como una mujer preñada nuestra identidad cultural lingüística. Porque muchas, muchas cosas de nuestra comarca, ya tenían nombre cuando vinieron los españoles y no fue posible cambiárselo. Hubo que seguirlos llamando en quechua o en inca, o en azteca, o en muchos otros idiomas nativos aun no estudiados, pero presentes en nuestros paisajes, y por lo tanto en nuestro lenguaje, que es el discurso de nuestro paisaje.

Y es que ese paisaje, no es otra cosa que la concreción de nuestro quehacer cotidiano; es decir, histórico. Por eso es tan importante en la identidad cultural nuestra.

Y fíjense como el idioma se ha alimentado con nuestro paisaje. Si admitimos, así sea para seguirlo pensando, al español americano, como portador de nuestras raíces, tendríamos ya dos elementos de identidad cultural, el idioma español americano y el paisaje con todos sus componentes

naturales y humanos, como gestor pasivo del idioma español americano. Serían raíces comunes que nos unen; el paisaje nos uniría también con el Brasil, porque debe haber, por la monstruosidad de su paisaje un idioma Portugués Americano.

Ahora vuelve a servirnos Lezama Lima “El paisaje es una de las formas del dominio del hombre, como un acueducto romano, una sentencia de Licurgo, o el triunfo apolíneo de la flauta. Paisaje es siempre diálogo, reducción de la naturaleza puesta a la altura del hombre. Cuando decimos Naturaleza el PANTA REI (el todo de la cosa, la traducción es nuestra) engulle al hombre como un Leviatán de lo extenso. El paisaje es la naturaleza amigada con el hombre. Si aceptamos la frase de Schelling: “La naturaleza es el espíritu visible y el espíritu es la naturaleza invisible” nos será fácil llegar a la conclusión de que ese espíritu visible de lo que más gusta es de dialogar con el hombre y que ese diálogo entre el espíritu que revela y el hombre, es el paisaje. Primero la naturaleza tiene que ganar el espíritu, después el hombre marchará a su encuentro. La mezcla de esa revelación y su coincidencia con el hombre es lo que marca la soberanía del paisaje”.

Y es que del paisaje ha traído el americano, y ya intenta hacerlo también el intelectual americano, todos los signos de su diálogo vital. En el paisaje, escondido por el paisaje, están las tumbas y petroglifos de las culturas que nos precedieron, y en las cerámicas de las tumbas y en los caracteres de los petroglifos, están los signos y los símbolos del hombre en su trasegar; en su abrazo con el paisaje y con los astros; ellos tienen un lenguaje que hay que entrar a leer sin prevenciones. De allí han sacado los artesanos del barniz de Pasto, y los tejedores de lana, los bellos motivos ornamentales para decorar la labor de sus oficios, y esos motivos símbolos, son el discurso no escrito, pero sí imaginado, diseñado y expreso de una historia vuelta a contar a través de su dinamismo creador.

Entre la Vorágine de la Selva, viven las comunidades que en sus tradiciones orales, guardan la cosmogonía de su espíritu creador. Y allí está la historia, está su devenir, las luchas de su cuerpo y de su espíritu, de sus creencias y

de sus desapegos, en símbolos metafóricos. De las entrañas del paisaje, salen las tierras para formar las cerámicas de Ráquira, y allí en ellas, se representan los animales y los oficios que habitan el paisaje, y que no es posible confundir con los de otras culturas.

Del paisaje salen también las maderas, en que los artesanos tallan su religión simbiótica, su lenguaje de gestos, sus danzas y sus dolores, y hasta su patriotismo, siempre con un lenguaje simbólico que puede leerse para reconstruir la historia de nuestras raíces; y tenemos el paisaje esquemáticamente esbozado, indicando incluso nuestra procedencia colonial, en los bordados y en las pinturas artesanales y en las decoraciones de los objetos de utilidad de nuestro pueblo artesanal; y eso, no es posible confundirlo con las raíces del invasor. Estos signos nuestros, aunque nos los hayan enseñado otras culturas, tienen un sello, el sello del paisaje interior y exterior que nos habita, con el dinamismo de nuestra juventud que nos mueve.

Juventud, paisaje e idioma, son pues tres elementos que nos unen. Raíces propias, aunque a muchos intelectuales les duela, porque son distintas a las griegas, a las francesas y a las inglesas. Y el concepto de parcela, tan propio de nuestra cultura, también nos une, porque nos diferencia, nos especifica dentro de aquello que nos une. Y algunos se duelen de que somos una suma de parcelas. Un producto de nacionalidades adyacentes. Pues esto es parte de nuestras raíces. ¿No somos acaso el producto de varias culturas? Es que el concepto de nacionalidad también lleva el sello del paisaje. Decidle a un ecuatoriano que es colombiano. Decidle a un pastuso que es ipialeño o a un boyacense que es valluno. Decidle a un argentino que es chileno. Y es que todos ellos se pueden distinguir por rasgos muy culturales. Pero decidle a un ipialeño o a un sandoneño que no es nariñense, ¿a ver qué ocurre? Es que el paisaje nuestro, interior y exteriormente es parcela y es comarca, y en esos nuestras raíces son humanas, son universales, porque así, con ese juego contractivo-expansivo, nacieron las nacionalidades modernas, y no podemos, aunque lo quisiéramos, renunciar al derecho de ser como los demás en muchos aspectos, porque somos parte de las postrimerías del siglo XX y ne-



cesitamos ser nosotros mismos, sin dejar de compartir los acontecimientos con el resto del mundo.

Finalmente, permítaseme leer un texto de Alejo Carpentier en su conferencia Camino de Medio Siglo, porque me parece que allí, se muestra muy claramente, cómo el paisaje se vuelve discurso narrativo, y cómo las raíces se vuelven símbolo para darnos el plano de nuestra identidad.

Excúsenme que no hay definido nada, ni sacado conclusiones de nada, pero pienso que nuestras raíces son tan nuevas en la visión del mundo, que no tenemos edad para definirnos; y tenemos tanto que hacer con nuestro destino, que nos falta mucho para convertirnos en una conclusión, aunque a muchos les pese esta carencia de cansancio y de vejez, este palpitar de búsqueda incesante.

“... Y de repente empecé a mirar el paisaje del Orinoco como una especie de materialización del tiempo. Ese viaje hacia las fuentes (no llegué a ellas desde luego), a contracorriente, era como una especie de recurrencia en el tiempo. Y efectivamente: a medida que adelantaba a lo largo del río veía poblaciones que cada vez se iban alejando más en el tiempo de lo que podíamos llamar historia actual y contemporánea. Pueblos encantadores, pero a donde no llegaba casi nunca un periódico, no había radio, donde se llevaba una vida igual a la que podía haberse llevado en un pueblo de la Edad Media. Y cada día, remontándose más y más, hasta que llegué a las orillas del Ventuario, en que pude ver de cerca a los indios piaroas, noble y hermosa raza, y me di cuenta de que estaba remontando el tiempo hacia el neolítico y de esta gran verdad: América es el único continente en que el hombre de hoy, del siglo XX, puede vivir con hombres situados en distintas épocas que se remontan hasta el neolítico y que le son contemporáneos. Puede el hombre de hoy darse la mano con ese hombre no menos inteligente que él (porque la noción de “salvaje” es completamente falsa), con el hombre que él mismo fue sobre la tierra hace 20, 30 o 40.000 años”.

